

PERFIL

(REVISTA DE LETRAS)

CeDInCI

3

Director

Vicente C. Trípoli

Secretaría de redacción

Rincón 144

U. T. 47-6019

Perfil

solicita canje

diciembre de 1944
Buenos Aires

En brazos de la Madre

Al R. P. Dr. Ernesto Dann Obregon
S. J., organizador y hondo comentador
de la Exposición de Arte Cristiano de
los Sres. Pittaluga, Mahlkneč y Estruch.

*Héla ahí! Está en sus brazos,
Bello aunque muy herido, el cuerpo inerte,
La humanidad.
El Espíritu, a raudos aletazos,
Dejó lo que era arcilla
Transubstanciada
Bajo el celeste encanto
Del Paráclito Santo.*

La Divinidad

*Puso triunfal el pie sobre la Muerte.
Héla ahí! Madre de la humanidad!
Mas no, de su Hijo-Dios. Transfigurada
De pena, alza los ojos lacrimosa
Y lo arrulla otra vez en sus regazos,
Por Belén, bajo el alba maravilla
De la Estrella.*

*Tierna la carne, pristina la rosa
Deshójase desde los altos cielos
En una Via-láctea, numerosa...
Y su canto es un llanto,
Y su llanto es un canto...*

*Teme que el Hijo-Dios se le desiperte;
Percibe su querella;
Rasga irreales velos:*

*Le palpa; torna a ver el cuerpo inerte...
Héla ahí! Madre de la humanidad;*

Ataliva Herrera.

SONETO

*Busco por altas sendas tu figura.
Por trinos voy, y pájaros, soñando.
¿Bajo qué cielos vivirás cantando
como la fuente, milagrosa y pura?*

*¿Dónde tus alas, que el amor apura,
tendrán reposo, sosegado y blando,
y en qué jardines te veré cuidando
el dulce tallo de tu voz madura?*

*Ah, sigilosa enamorada, ¿dónde,
dónde levantas tu apartado nido,
dónde tu tibio corazón se esconde,*

*quietud buscando a su latir herido?
Oye mi trino, que a tu voz responde,
por las florestas del amor perdido.*

Martín Alberto Boneo.

Ernesto Hello, el escritor olvidado

No hay hombre en el mundo que merezca el olvido. El sólo hecho de haber conocido la vida, de haberse sentido el centro del universo durante un número determinado de años, de haber empleado gran parte de estos años en prepararse a luchar y a adaptarse, el haber sufrido y el haber gozado, el haber conocido el desenlace solitario de la muerte, debería bastar para que todo nombre fuera digno de recuerdo. Parece monstruoso que nuestro paso por el mundo, nuestro paso tan intenso, no deje rastros ni memoria. Pero la injusticia que hay en el olvido se acrecienta cuando éste recae sobre un artista, empleando esta palabra en su sentido amplio, aunque, quizá, sea más acertado reemplazarla por la palabra escritor ya que en un escritor pensamos.

El escritor suele tener la pretensión paradójica de querer vivir después de muerto en lugar de hacerlo en los años que le han sido concedidos. El hombre de sensibilidad toma esta resolución desesperada al comprender que su lugar dentro del tiempo es demasiado reducido para vanagloriarse de él. Su afán de inmortalidad es lo que Unamuno ha llamado con tan profundo y doloroso acierto: "El sentimiento trágico de la vida". Por todo esto nos duele encontrarnos de pronto frente a un escritor olvidado.

El silencio que envuelve el nombre de Ernesto Hello es acaso un castigo; es la posteridad que se venga del escritor que, llegado el momento de elegir, eligió a sus contemporáneos. Hello titubeó un momento entre la soberbia indigencia de su amigo Leon Bloy y los éxitos confortables de otros escritores más acomodaticios. No cambió las palabras pero transigió en el tono: en lugar de gritar, dijo. Olvidó que la gloria es el premio de los intransigentes. Sin embargo, nadie ha afirmado esto con más claridad que él: "La gloria tiene secretos, el éxito tiene caprichos". Y se extendió sobre este tema con serena lucidez en "El hombre mediocre", uno de los capítulos más universales y eternos de *El Hombre*, su libro eterno y universal.

Hello empezó a vivir en una época en que los hombres tenían un solo sentimiento y una sola ambición arraigados en el alma, se llamaba "la joie de vivre". Parecía que acababa de largarse una carrera hacia el éxito, hacia el lucro, hacia el placer; era el resultado inevitable de la Revolución y de las guerras del Imperio. Francia pretendía dejarse vivir dulcemente contrariando en vano su destino irrenunciable de nación viril. Entonces se elevó la voz indignada de Hello, esa voz que sólo Leon Bloy recogió, continuó y superó. Los demás llegaron mucho después; ya no asombraban, eran esperados. Pero es de lamentar que mientras el nombre de Bloy se afirma día a día, el de Hello, que merecía igual suerte, se debilita y esté hoy casi esfumado.

Hello tenía un solo amor: la grandeza. Un solo odio: lo mediocre. Pero no se resignó a disfrazar estos sentimientos, a poner sus ideas en boca de personajes ficticios, a buscar, en los antiguos, defectos semejantes a los de sus contemporáneos, a escribir libros con clave. Su

prosa y sus ideas eran firmes, cortantes y atacaban de frente. No respetó nombres consagrados ni la rutina de los convencionalismos.

En Francia únicamente Molière se había atrevido a lanzar sus cáusticos desdenes sobre la sociedad. Hello no se resignó a emplear la ironía ni, lo repetimos, personajes ficticios. Sus frases eran secas, inapelables, e iban dirigidas a todas esas personas con quienes se encontraría aquel día quizá, a todos los que, hasta reconocerse en sus páginas menos halagadoras, habían podido creerse sus amigos: "El hombre de mundo no teme hacer el mal. Pero teme chocar". "El mundo ama el odio pero es preciso que ese odio, entibiado por la temperatura de los salones, evite ciertos estrépitos". Frases como estas se suceden, se suman, forman la obra de Hello. A ellas deberá su inevitable gloria; él creyó que a ellas debía su fracaso. Las pulió, las atemperó; por fin, cansado de despertar rencores, dijo lo mismo con mayor cortesía, y el escritor que hasta entonces había despertado el odio despertó la indiferencia.

No creo que exista en la literatura moderna un libro tan fríamente valiente, tan cruel también, como *El Hombre*. Es indiscutiblemente el libro de un misántropo, aunque su misantropía no se debe a causas pequeñas ni personales sino a un místico afán de perfeccionamiento general. Cada una de sus frases, de sus sentencias, más bien dicho, puede ser la materia de un largo ensayo. Este don de síntesis de un autor impide que sus comentadores puedan estudiarlo en detalle, por eso nos limitamos al panorama de su obra, al fondo de su espíritu rebelde que conocía la fe mejor que la caridad, y a las sensaciones que despierta en nosotros. ¿Pesimismo? Quizá. Hello tiene el defecto de tornar pesimistas a sus cómplices que son a la vez sus destructores. Reconocemos demasiado nuestros defectos en los defectos que él pinta y contra los cuales vitupera; reconocemos, con más facilidad aún, defectos ajenos, defectos tolerados y hasta queridos, y al cabo de un tiempo de asentir, de coincidir, de sonreír, empezamos a sentirnos incómodos, a la vez jueces y acusados. Los escritores demasiado valientes suelen engendrar lectores cobardes, lectores que dicen: "¿Para qué todo esto, si los hombres son así y el mundo no puede cambiar?" Pero más adelante cuando ya hemos resuelto olvidar el libro y desoir al temible acusador es cuando comenzamos a recordarlo. Esto sucede individualmente y sucede con las generaciones, por eso, así como las taras, la gloria suele saltar por encima de una de ellas, por la que ha visto con sus ojos jóvenes e insolentes la declinación de aquéllos, de "los viejos" que es preciso negar y superar para existir y afirmarse; y espera al pensador, no en los hijos prepotentes, sino en los nietos nuevamente humildes, con la humildad que tenemos ante aquellos que no pueden ser nuestros rivales ni pretenden ser nuestros maestros.

Por eso la obra de Hello está próxima a resucitar y sus inapelables afirmaciones podrán armonizar milagrosamente, gracias a la irrealidad que tiene siempre el pasado, con nuestra época que sería negativista si no fuera, apenas, displicente.

Sylvina Bullrich-Palénque.

Páginas de un diario

Los humildes

Asomado a mi ventana, veo cotidianamente el desfile monótono de una muchedumbre que va por la mañana y vuelve por la tarde.

Cuando el viento viene del Sur y el claro cielo destaca su azul sobre los grandes cúmulos blancos, el humo de la chimenea próxima se alza glorioso hacia el cenit y corre hacia el norte. La muchedumbre, displicente, va por la mañana y vuelve por la tarde.

Si el viento llega del norte, la atmósfera, pesada y turbia, ensucia el horizonte y la columna de humo huye al Sur, pensosamente, sobre los tejados. La muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde.

En el invierno las lluvias arrecian, las ventanas se cierran, las flores desaparecen de los balcones y los árboles deshojados jalonan tristemente las calles. Bajo la inclemencia del tiempo, tiritando, la muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde.

El sol vuelca en el verano su cálido aliento y llena de reverberaciones las calles. Las sombras violentas de los edificios varían las perspectivas. Sudorosa, la muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde.

Cuando era niño y lo contemplaba todo con mis grandes ojos indiferentes, no prestaba atención a la muchedumbre que iba por la mañana y volvía por la tarde.

Al presente, pienso a menudo en esa muchedumbre triste, resignada, siempre variable y aparentemente la misma, que va por la mañana y vuelve por la tarde.

Pasarán los años. Mi recuerdo se borrará, porque hasta los pocos que pudieron conservarlo, pasarán también. Y la muchedumbre irá por la mañana y volverá por la tarde.

Un germen

A través de mi ventana ha llegado volando un "panadero". La semilla de cardo, rodeada de plumones que la aligeran, revolotea sobre el escritorio. Pasa y repasa bajo mi vista, incitándome a detenerla. Al fin, la tomo.

Partió una mañana de viento, con todas sus hermanas, a cumplir su incierto destino, dejando abandonada a la madre planta. Desde entonces, contra su voluntad, ha volado continuamente. Ahora, aprovecha el involuntario reposo para elevar a los dioses su plegaria ferviente. Agita, convulsiva, sus plumones, y su vocecilla destemplada y llorosa, implora:

—Señor, tú que reinas sobre todas las cosas y sobre todos los seres, haz que mi destino cambie. He sido largo tiempo juguete del viento. Volé, azotándome contra los obstáculos, sobre los campos y las ciudades. Vi muchas veces, al pasar, tierra fértil, donde hubiera podido desarrollarme; pero el viento implacable me arrastró. Señor, proporcióname tierra fértil y agua abundante y prometo ser tan grande y fornida como los robles.

Irritado por esta súplica audaz, le digo:

—Tu destino miserable, el objeto del febricitante trabajo a que te dispones, es una deleznable planta de cardo. Tal sería tu determinado fin, si no te tronchara en este instante.

La aplasté entre las uñas; pero los plumones quedaron erectos y cuando pasó una ráfaga, la semilla, estéril, rota, inútil, se fué volando, en apariencia igual a cuando entró.

Los muñecos díscolos

El pasado, del que quise desprenderme, vuelve a pesar mío. Los graves muñecos del mundo interior son díscolos. Salen al tablado y lloran, luego se sientan y simulan pensar. Se apoderan de mí y elevados sobre sus altos coturnos, adoptan posturas trágicas.

Es de noche. Un niño juega con un gato blanco, con desgano progresivo. A su alrededor la madre teje y el padre lee. El chichuelo se queda quieto, mira a su padre y piensa que cuando él sea grande...

Después se levanta y dice:

—Tengo sueño, mamá.

El padre aparta sus ojos del libro, lo mira un momento, lo atrae hacia sí y le dice:

—Si te duermes ya no podrás despertar. Te quedarás dormido para siempre.

La madre hace un gesto de disgusto, el padre sonríe y el niño enojado, exclama:

—¡Qué me importa! Yo quiero dormir.

El sueño invencible lo abate y apoyando la cabeza en los brazos cariñosos, cierra lentamente los ojos.

Ahora me pregunto: ¿Dónde quedarán mis filosofías cuando sienta de nuevo esa gran pesadez de los párpados, que quieren cerrarse para siempre?

—Nosotros —me digo—, nada sabemos; y es posible que en esta ignorancia esté la poca felicidad que nos es dado gozar. Sin embargo, la vida es sencilla. ¿Por qué no la comprendemos?. Son escasos los resortes que mueven a la humanidad y que la humanidad repite en mil formas, como queriendo complicarlos. La vida es horrorosamente ló-

gica. No deberíamos exigirle sino lo que puede darnos, y le exigimos mucho más. Leemos, meditamos, nos quejamos, y, no obstante, nos aferramos a ella desesperadamente. ¿Por qué es eso? Lo he pensado inútilmente. Analizando mi instinto, no hallé satisfacción alguna, ni escuchando el ritmo apresurado de mi corazón, ni saciando mis bestiales apetitos, ni tratando a mis semejantes, ni aislándome de ellos. ¿Dónde está pues el mágico encanto de la vida?

El pasado ha vuelto. Los graves muñecos del mundo interior me dominan. Hago un esfuerzo, sacudo la cabeza, y cambio el rumbo de mis pensamientos.

Contemplo mi habitación limpia, sin papeles, ordenada. Calculo el volumen de mi ropa, que cabe cómodamente en una valija y siento un gran alivio, como si me hubiera librado de una pesada carga, de una carga enorme, que hubiera gravitado sobre mis débiles hombros.

Epílogo del copilador

La neumonía le fué fatal. Recogí piadosamente sus últimas palabras que, despojadas de la incoherencia de la fiebre, fueron éstas:

—Nunca tuve una fe definida; un ideal preciso y poderoso. Ni la esperanza de algo irrealizable, ni la ilusión de un imposible, conturbaron mi espíritu. No luché por una idea grande, no me propuse realizar ninguna obra extraordinaria. Mi timidez, los prejuicios y las costumbres detuvieron mis actos y hasta mis pensamientos. No hice más que vivir, ir pasando mis días, ir satisfaciendo mis necesidades inmediatas, como las vacas que rumian en medio de los campos. Tuve ilusiones ideales, amores, ensueños, pero todo reducido, pequeño, miserable. Yo soy el carnero tipo del rebaño. Soy el promedio humano.

Y con toda su amargura, se hundió en el misterio de la nada, una tarde de invierno.

Deseo para su felicidad de ultratumba, que no tenga un alma inmortal.

R. S. O.

Raúl Scalabrini Ortiz.

RETRATO

*Esta niña, al salir a los jardines,
llevaba un libro abierto, en cuyas hojas
estampas infantiles
le hablaban de países y de cosas
que alguien oyó nombrar, entre las rosas.
Así, su adolescencia estaba hecha
con nombres recogidos en recuerdos,
con palabras que algunos conocieron
con extraña tristeza:
frases de solitarios y viajeros
que, sin nombres, llegaban hasta ella,
de pronto, como ecos
que en su alma terminaban... Porque ella era
la que soñaba todo: estaba abriéndose
siempre en la soledad, tierna heredera
de todo lo profundo y lo secreto.*

*Hablaba con la vista —en esos ojos
que sus amigas recordaban, tiernas—
perdida entre los árboles, y el modo
que tenía de hablar era un poema;
(creación que ella, por cierto sin saberlo
iba uniendo a su alma, a la memoria
de una infancia feliz en su recuerdo,
a ideas que tenía, de las cosas,
que nos hacían vivir un pensamiento
jamás imaginado, como el cuento
que su creador relata, entre las rosas...)*

*También en sus vestidos, siempre unida
a sus blusas y faldas, con tristeza,
había una expresión, tal vez muy íntima,
pero bien perceptible; una leyenda,
cual si vistiera imágenes antiguas.*

*Y en sus manos —el modo de acercarlas
a las cosas, de hacerlas, sin esfuerzo,
converger hacia objetos y palabras—
era también ideal, con más ensueño
que las manos que tejen unas alas.*

*Pero, cuando realmente, sin que nadie
viviera junto a ella, en soledad,
ella era imaginada... como a un ángel
se la empezaba a amar,
a amar cada vez más, ya sin el aire,
eterna y solitaria en su rosal!*

Alberto Ponce de León.

El plazo

Hace seis años que vivo sin mujer, entre pájaros y libros.

Aunque uno se enamore de la soledad, hasta su sabor de ceniza. Y agobia en tardes como éstas, con blanquecinas listas de luz en el cielo donde los pinos balancean sus ramazones parecidas a la envergadura de los aguiluchos. Para distraerla suelo bajar hasta las barrancas a mirar el agua y, en días claros, la otra costa. Aquí, en Punta Chica, el río apenas se acompaña con algunos árboles que yo he plantado; todo lo demás de la ribera queda desnudo. Sólo los juncos, donde vienen a morir, entre babas aguanosas, extrañas cosas podridas.

Por el paraguas de sombra que se va desplegando desde el este conozco que ya son más de las seis. Podría describir, sin mirarlos de nuevo, el ocre desvaído de los tapices, los sillones, los libros y, pasando ese arco que cierra el cortinaje de felpa, el piano, los cuadros, los demás muebles del living. A lo largo de tantos años me he habituado a conocer estas cosas una por una, hasta por sus opacos sonidos y sabores. Es que yo necesito entrañármelas para asegurarme de que vivo, porque una vez ha cedido mi realidad del mundo y ya no sé hacia qué lado se vuelca el tiempo.

Mis amigos hace mucho que no me visitan. Yo no los quise: precisaba solamente de las cosas, invariables como estos ángeles de bronce barroco que vuelan, inmóviles desde hace dos siglos, en la tapa de mi tintero. Ellos andaban, cambiaban y al tiempo no puede detenerse sino parando las cosas donde se revela. Una mariposa que vuela ya es su transcurso, clavada en el fondo de una vitrina circunscribe el tiempo a su propia inmovilidad. Así reduje poco a poco mi paisaje a cosas inertes. La luz y la sombra quedaban señalándome los días inevitables, pero su misma cíclica monotonía acabó por serme una repetición constante, igual y, por lo tanto, inexistente, que cada mañana inauguraba y concluía cada noche. Hoy siento el amargo sabor de estos seis años cerrados a la vida, porque todo ha sido inútil y el plazo se ha cumplido lo mismo.

Los amigos atribuyeron al alejamiento de Emilce esta recolección mía entre pájaros y mapas. Los más fieles entrevistaron algún episodio de escándalo; sólo Emilce y yo sabemos porqué nos separamos.

Nos casamos hace siete años en la iglesia de los Sagrados Corazones. Creíamos amarnos. Ella poseía una ordenada renta y yo mi asesoría legal en el Banco Supervielle; en esto íbamos a ser medianamente felices. Aunque a su imagen ahora se suman mis recuerdos y la transforman, estas fotografías me dicen que era bella: sólo una ligera asimetría en la boca la hace aparecer vulgar, pero Emilce no lo era para mí. No me inquietaba entonces la analogía de nuestros gustos —amable al principio de nuestro noviazgo, y luego cada vez más perfecta—, pero pronto llegó a turbarme. Era como si fuésemos supiendo uno del otro progresivamente más, hasta llegar a conocernos todo. Es

difícil explicarlo: nos conocíamos no ya cuanto transmiten la palabra o el gesto pues así, por fortuna, siempre quedan pliegues secretos, sombríos meandros que nunca la voluntad alza a la luz. No: le adivinaba los pasos, los ademanes más ligeros, las palabras en la garganta, sus pensamientos —aún los que Emilce hubiera callado siempre—, inexorablemente todo. Antes de que me rozara su mano ya había medido la intensidad de su caricia. No podía retirarme, la dejaba venir, sentía su piel en la mía —sí, tal como yo sabía que lo haría— y me llameaba en el pecho una insensata y encadenada cólera. Después del matrimonio ésto se acentuó penetrándonos los minutos como una gran agua que todo lo rodease. Y así nació entre nosotros, sucio y lento al principio, luego violento, exigente, total como una lumbrarada, el odio.

Consulté el caso con un frenópata: me aconsejó el campo, la comida vigorosa y rica y el deporte. Alquilé este chalet en Punta Chica, compré nuevos muebles, dos caballos y una lancha. Estas jaulas, los pájaros, los libros, los discos y los mapas —copias en sepia o ultramar de los planisferios de Ortelius, páginas del atlas de Pedro Bertius o de Enrique Hondt, hasta los bellísimos cartapacios del Touring Club Italiano o el alemán, vedado para mí, del *Allgemeiner historischer Hand Atlas* de Droysen —por los que siempre tuve limpio e incomprensible amor—, que ahora me acompañan los traje luego de separarme de Emilce.

El río, los largos paseos por la tarde ligera y gris de los canales alejaron al principio aquella preocupación latente. Empero el hábito, como me lo temía, clausuró su eficacia y la fuga fué inútil. Y vi renacer, aguda y tiránica como la vuelta de un vicio, la obsesión de pervenirnos nosotros mismos, que nos envolvió como una epifita. Nos odiamos como deben hacerlo las piedras que el peso total del muro aprieta inexorablemente entre sí hasta que su odio acumulado lo derrumba.

Concluimos por dividir la casa en dos —los altos poseen una entrada lateral que posibilita una separación eficaz—, y vivir el uno con entera prescindencia del otro. Pero, aún así apartados, yo sentía, sabía qué estaba haciendo Emilce, qué haría, su próximo gesto, el color de sus vestidos, como antes. A veces aguardaba el ágil rumor de sus chinelas en la alfombra, el ruido del libro que cerraría, el tintineo del pestillo que sus dedos dejarían caer y los escuchaba unos segundos o unos minutos más tarde. De noche Emilce abría en el living el ancho ventanal de pretilles hacia el río y tocaba en su gran Pleyel algunas piezas. Y yo, recostado en la galería del piso bajo, la escuchaba y adelantándome a Emilce, la oía concluir la pieza y cerrar el piano cuando apenas rodaba sobre mí la lluvia de las primeras notas.

Así me fué penetrando la idea de matarla. ¿No tenía yo derecho pleno, inconcuso, a mi intimidad, a que lo más profundamente mío fuese mío y sólo de mí? ¿Es que no pueden imaginar ustedes la tortura de vivir con quien nos conocemos de modo íntegro, absoluto, pasado, presente y futuro a la vez?

Una noche de noviembre con luna como segur en el cielo y río

de imán entre ribazos negros, supe que el piano sonaría. Luego le of: era algo brillante y casto —quizá *Les jeux d'eau*— y parecido al vidrio.

Subí al living de Emilce: ella tocaba y creo que no me oyó. Sobre la tapa del piano un abrecartas —era casi un puñal, con pesada hoja de acero y mango de ébano— brillaba congeladamente. Me detuve, herido por una alegría intensísima: por primera vez, en tanto tiempo, yo no sabía qué haría Emilce. Fui hasta los ventanales: una orla de árboles cerraba el amianto del río. Eran los mismos que yo había plantado al llegar a la casa, pero ya altos y vigorosos como sauces de seis años. Había algunas cosas nuevas en el living —las que yo hubiera comprado: una copia del mapa de Juan Janson de 1657, una cabeza de Riganelli y dos o tres cosas más—, y que ahora poseo. Y aquellos singulares árboles... Emilce seguía tocando. Yo ignoraba qué vendría y esto era tan nuevo y dulce que sólo atiné a decirle:

—Déjame ahora a mí en el piano, Emilce...

Se volvió, sonriéndome como si nunca nos hubiésemos odiado. ¿Era, acaso, que ella tampoco sabía ya nada? Conozco algo de música y en las reuniones solía entretener a mis amigos con algunos compases sencillos. Hice correr dos o tres notas y, volviendo las páginas en el atril, comencé un recuerdo qué pastoral. El abrecartas ya no estaba sobre la tapa del piano. Luego el brazo de Emilce me rodeó el cuello y sentí su pelo caerme sobre los hombros.

Tal como el leño sajado por el filo instantáneo del hacha, el tiempo pareció dividirse en dos: una mitad cayó hacia un lado, la otra al opuesto y el instante real y presente se fundió y desapareció.

Ya no estuvimos allí: permanecía mirándome desde las barandas que daban al río. Emilce estaba conmigo y nos veíamos, allá, del otro lado del living, a mí en el piano y a ella junto a mí, con los cabellos sueltos y el brazo enlazándome el cuello. En su mano brillaba firmemente el abrecartas. Yo en las barandas la tomé del brazo y Emilce se enroscó en los míos. Al mirarnos fué como si nos hundiésemos en una extensísima noche de humo y resurgiéramos, en una nueva luz, a otro paisaje. No sé cuál landa arenosa y ocre apareció detrás de Emilce: casas, árboles, un otero, cielos antiguos, donde yo no había andado nunca pero que recordaba remota y nitidamente. Sentí... no sé: como si algo me retrajese, como si el tiempo, rodando sobre mí, me aniquilase, una asfixia de vómito y recordé. Yo sabía: aquella landa, las casas, sí, y después los esquitos y basaltos de una costa a pico sobre el mar violento. Eran... un instante me balanceé en el borde de mí mismo y, antes de que lo alcanzase, huyó el recuerdo como el humo en el viento.

—No sé cuándo, amigo mío —dijo Emilce—, yo te recuerdo... Fué antes, atrás, pero no sé en qué tiempo. Nosotros no tenemos la culpa de sabernos todo: antes ya hemos sido, tú y yo... Pero míranos.

Me volví. Yo permanecía en el piano y los árboles de seis años ennegrecían aún un gran lienzo de río. Allá Emilce levantó el abrecartas y luego lo hundió en mi nuca, a plomo, con seguridad mortal y frenética. Caí de bruces en el teclado. Emilce huyó. La sangre comenzó a

mancharme, cada vez más, el cuello de la camisa. Todo se borró, volvímos a hallarnos los dos en el living. En el taburete del piano no había nadie, las barandas estaban vacías. Los árboles eran los que yo había plantado: pequeños estacones y el río brillaba detrás, ampliamente, su gran lonja de aluminio.

—Ahora, dije, sólo nos queda separarnos, Emilce.

—Yo me iré, amigo mío. Hay que escapar...

—Creo que lo mismo llegará aquel día, Emilce, como el otro.

—¿No será todo un sueño?

—Tú tampoco lo crees. Había unas casas extrañas y árboles. Después había la costa del mar.

—Yo también lo recuerdo. Cierto: después había la costa del mar. ¡Estoy tan cansadal Venimos de tan lejos, tan atrás...

Y yo advertí que una fatiga durísima se hundía en mis músculos como si hubiese andado quince siglos.

Nos separamos. Emilce volvió a casa de sus padres, yo permanecí en el chalet. Mes a mes he visto cómo crecían los árboles que planté al llegar hace seis años frente a los ventanales del living. Anoche advertí que ya habían cobrado la forma exacta que poseyeron la noche en que Emilce me matará. No he quitado el abrecartas de su sitio. ¿Para qué? Hoy un mensajero me entregó un telegrama. Es de ella y dice: "Espérame hoy por la tarde".

Sé que debo prepararme para morir. Acaba de pasar el tren de las seis y veintitrés. El próximo llega a las ocho y cuatro y Emilce llegará en él, porque es el último del día. ¿En qué edad y tiempo volveremos a hallarnos Emilce y yo? Solamente confío que nuestra tercera vida sea menos dolorosa que ésta.

Ya empieza a remar lento la luz en el río.

Adolfo L. Pérez Zelaschi.

ORACION DE MI SOLEDAD

*Tus palabras resuenan, Nazareno,
allá en mi soledad, como aguas hondas
que suben a mis versos y se alejan cantando.*

*Te oigo, devotamente, en alta noche,
cuando cesan las voces
y el hombre duerme acariciando un sueño.*

*Cuando la luna mira absorta, hacia la tierra.
Cada rosa destila en Tu nombre, perfumes
que el viento, sembrador, a puñados derrama.
Caudal secreto de Tu huerto,
como la luz, como la sombra,
que la alegría son y la pena terrena.*

*Oh, Nazareno.
Hombre también y Rey, con Tu aureola de ortigas,
concédeme la gracia de divisar Tu mano
en la más alta nube, velando el universo.*

*Oh, Nazareno.
Mi voz es débil, cierto, y mi canto tan pobre
y este valle en que vivo no merece Tus ojos,
porque el trigo que en días infables nos dieras
crece ahora en terrenos anegados de sangre.
Y la miel de Tus manos la tornamos cicuta.*

*Pero mi voz te busca, quiere elevarme, ser
la flecha salvadora que hacia el espacio vuela.
Oh, Nazareno,
ciérrame los oídos al aullido del lobo,
al balar lastimero del recental herido,
y escuche sólo Tu palabra, siempre,
allá donde las luces esenciales despiertan...*

Adolfo Casagrande.

Existencialismo

Las concepciones filosóficas nacen siempre de un estado de espíritu, son especificación de una realidad profunda que pudiéramos caracterizarla como la impresión indiferenciada que la totalidad de la existencia humana deja en la sensibilidad de una época.

En los albores de nuestro siglo, y aún antes, se perciben síntomas de una nueva forma de sentir la vida. El arte, por su peculiar fluidez, es el primero en registrar la huella sutilísima de la sensibilidad emergente: el gran entusiasmo por la razón y la cultura con su anejo desdén por la vida espontánea, imperante en las pasadas centurias, va a ser suplantado, y "se consagrará la vida que hasta ahora era sólo un hecho nulo, y como un azar en el cosmos, haciendo de ella un principio y un derecho" (Ortega). Nietzsche, lanza al mundo su mensaje incendiario, pero sincero y sentido: "Fiat vitaperat veritas". Y comienza el pleamar del vitalismo. Lo que hay de oscuro e instintivo en el hombre inicia un ascenso incontenible en la escala de valores: la fuerza, la raza, la niñez, la danza, el deporte, la belleza física, en fin, todo lo sensible e irracional se llena de cualidades estimables, y consecuentemente se valora muy bajo al intelectual y a las obras puramente espirituales. El hombre "dionisiaco" reclama sus derechos, se subleva ante la unilateralidad del ascetismo cultural que tradicionalmente, despreciando lo que no fuera posible reducir a pura intelección, con su ideal ascético, puso en peligro el equilibrio de las energías humanas, y lo que es peor, faltaba al imperativo de integridad, consubstancial a toda actividad verdaderamente humana. Esta rebelión de "Dionysos" se encuentra estrechamente entrelazada con la crisis más radical que haya sufrido la cultura subjetiva o sea la cultura viva en su vigencia cotidiana; se había perdido la lealtad con las normas que ya no excitaban las fuerzas profundas de nuestra personalidad. Dice Ortega: "Si nos preocupamos tan sólo de ajustar nuestras convicciones a lo que la razón declara como verdad, corremos el riesgo de creer que creemos, de que nuestra convicción sea fingida por nuestro buen deseo". Tal ocurrió: llegado el momento de probar la eficacia de magníficos principios, el hombre, se dió cuenta de que por magníficos que fueran él ya no creía en ellos y en adelante no supo al servicio de qué habría de poner su existencia, pues: "Vivere militare est" (Séneca).

En época tan equívoca, de contornos tan borrosos y multiformes, echa sus raíces la concepción filosófica más apasionante y dramática de nuestro tiempo: El existencialismo o filosofía de la vida que coloca a esa indócil y extraña realidad que es la vida concreta de cada uno, en el rango de realidad radical, suprema. Enemiga de toda lejanía, la nueva filosofía se concentra en lo más inmediato: "mi vida", ésta, la de cada día y la de cada hora. ¿En qué sentido "mi vida" es la realidad radical? En el sentido que "en" ella tienen que aparecer todas las demás realidades, efectivas o imaginadas, o lo que es lo mismo,

“mi vida” es el supuesto de toda cosa que existe para mí, y no puedo ni siquiera soñar algo que de uno u otro modo no aparezca “en” ella. La vida de cada cual está, pues, situada en un plano más profundo que aquél en que tradicionalmente se planteaba el problema de sujeto y objeto, porque abarca tanto la objetividad (las cosas en el mundo) como la subjetividad (yo). Creo que ahora se percibirá el profundo sentido de la fórmula que constantemente emplea el apóstol de la nueva filosofía, Heidegger, “vivir es estar yo con las cosas en el mundo”.

No bien nos acercamos, lupa en mano, a las sinuosidades íntimas del vivir, vemos que la nota de mayor importancia, y quizá la más trivial, es que para “estar con las cosas en el mundo” no tenemos más remedio que estar haciendo algo, manejando las cosas. Pero este hacer no es un hacer cualquier cosa sino algo determinado, o sea quehacer. Antes de hacer algo tenemos que decidir por nuestra cuenta y riesgo qué vamos a hacer: el ocuparse (presente) sigue inmediatamente al preocuparse (futuro); “es extraordinario que la vida comience siendo una preocupación del futuro, que no existe, para acabar luego siendo una ocupación en el presente, que existe”. La esencia, el esqueleto de la vida resulta ser temporalidad, pero el tiempo de la vida es completamente opuesto al tiempo físico o astronómico: es un tiempo para el cual el presente no viene del pasado, sino que es un futuro realizado, un “futuro sido” y el pasado es sólo escremento que la vida deja tras de sí en su infinita carrera hacia el futuro. Nuestro ser se nos presenta así, como un programa a realizar o en terminología orteguiana: “el hombre es un ente cuyo ser consiste, no en lo que ya es, sino en lo que aún no es, un ser que consiste en aún no ser y que aspira a ser”.

La vida, como hemos visto, es todo lo contrario de un ente quieto, definitivo y sin tiempo de un “ser ya”, por tanto nunca podrá ser pensada con los conceptos eleáticos, herencia de la pasada filosofía, y que fueron abstraídos de entes absolutamente estáticos sin ninguna variación, por tal razón no nos sirven, pues al aplicarlos a la vida la reducen a un mero esquema. Es necesario forjar una nueva lógica existencial, nuevos conceptos flexibles que nos permitan pensar esta realidad máxima en su desnudez originaria. Algunos de esos conceptos ya existen, son los llamados ocasionales: “algo”, “ahora”, “aquí”, “este”, los cuales nunca nos invitan a pensar lo mismo cuando los aplicamos, su contenido es infinitamente variable. “Ahora” no es el mismo en este día de 1944 que en 1844 o lo que será el ahora del año próximo.

Una pulcra exposición del existencialismo nos llevaría a tratar el problema de la angustia, de la nada, y de la muerte, cuestiones todas de fundamental importancia pero que no pueden ser abordadas con la extensión que merecen dentro de los límites de este ensayo.

En lugar de presentar una exposición incompleta de esos tres aspectos capitales de la nueva concepción filosófica, nos parece preferible dar, juntamente con un breve juicio general, la opinión actual sobre la posible trascendencia futura del existencialismo en el ámbito total de la cultura. Se ha intentado exponer las líneas generales del

sistema en la forma más clara y a la vez más objetiva, y siguiendo la norma de no juzgar antes de comprender, se ha evitado la formulación de juicio alguno sobre su valor.

La fisonomía sugestiva y literaria que presenta, la terminología cabalística, obscura (cuyo uso hemos tratado de economizar), las innumerables contradicciones, todo esto, mal se aviene con las aristas rigurosas y conclusiones terminantes de un sistema filosófico. Así, pues, a pesar de todos sus gestos, el existencialismo difícilmente llega a ser algo más que un profundo sentir racionalizado en forma genial (no obstante sus progresos de anti-racionalismo).

En cuanto a la valoración excesivamente elevada de la vida, sólo puede justificarse como reacción ante el hecho vergonzoso que se observa a lo largo de la historia: el sacrificio o consagración de la vida entera a toda clase de ficciones y nimiedades, como si fuera algo despreciable. Aún hoy, aterra pensar que hay gentes y pueblos enteros que sacrifican su existencia a la pura acumulación de bienes económicos. Sin embargo, visto desde otro punto de vista, el culto por la vida es síntoma de vejez y cansancio; “quien crea que el clamor por la vida, el vitalismo teórico y práctico de nuestro tiempo es una expresión de singular plenitud vital, es un incauto. El vitalismo es un anti-ideal, una “medicina mentis” (Max Scheler). Nadie valora más la vida que el que está en trance de perderla, es decir, el enfermo, el agonizante. “El ideal de la vida intensa importa dignificarla con valores superiores o, en las mentes burdas, un programa de aturdimientos para escamotearla” (A. Korn).

Al dar a la vida el rango de valor máximo, automáticamente se convierten los demás valores en pragmáticos, que sólo se estiman como condiciones para realizarla; la razón se reduce a simple instrumento que sólo vale “funcionando en una vida humana, movido por las urgencias constitutivas de ésta...”, “no vivimos para pensar, sino al revés: pensamos para lograr pervivir” (Ortega). Dejando de lado las exageraciones propias de todo movimiento reaccionario, hay en esta tendencia del existencialismo un gran valor, que reside en el profundo anhelo de enraizar el pensamiento, la cultura toda en la vida, y no debemos afligirnos si para cumplir empresa tan heroica, es necesario reducir el valor antes casi divino de la cultura. Si ambicionamos vivir a la altura de las propias ideas, menester será que éstas no se hallen situadas en cumbres inaccesibles. Inmoral y disolvente es el divorcio entre cultura y vida practicado por la “beatería de la cultura” que cavó un abismo entre esos dos términos. Situando los principios en una región sobreceleste, negaba toda comunicación entre nuestra existencia azarosa, que aquí abajo, conservando su carácter bronco y salvaje, estrellábase contra los escollos que le salían al paso. Una cultura que deseé mi adhesión debe otorgar “carta de ciudadanía” a todas las potencias humanas. Es cierto que “soy razón” pero en mayor medida soy voluntad, emoción, deseo, inquietud, angustia. Hoy, por todos lados se comienza a sentir el deseo de vivir en contacto íntimo con los propios principios; la verdad, si llega a ser traída a nuestro vivir cotidiano, resolverá los problemas que antes se solucionaban bajo el

influjo de impulsos irresponsables o del simple cálculo utilitario.

Se ha culpado a los existencialistas de haber iniciado el irracionalismo actual de las masas y "a la siniestra luz del incendio mundial a que asistimos consternados", pensadores resentidos desatan su odio contra aquellas mentes inquietas que comenzaron el movimiento y cuya radical sinceridad les impedía refugiarse en formas caducas del pensamiento o en cualquier clase de retorno. Vieron los límites de la razón y no tuvieron empacho en confesar la insuficiencia del intelecto para abarcar todo el universo, pero al teorizar lo irracional, hicieron uso de finísimas formas intelectuales y emocionales que jamás pudo comprender ni menos adoptar la masa. Así, se pueden distinguir dos irracionalismos con cualidades opuestas y sin nexo común, pero paralelos: el de las masas, ciego, brutal, destructivo, y el de los nuevos intelectuales (que en realidad no es tal irracionalismo), finísimo, constructivo, renovador, el cual debe entenderse "cum grano salis", pues al negarse la razón a sí misma y circunscribirse en un plano secundario, hace un guiño irónico y continúa razonando.

Hermes H. Pinnel.

CeDInCI

Sobre un libro de Blanco Villalta



Blanco Villalta, por Raúl Soldi.

¿Se trata, acaso, de una novela histórica? Evidentemente, no. El verdadero historiador noveliza, pero no hace novela histórica. Esta la hicieron Payró en "El mar dulce" y Hugo Wast en "Lucía Miranda". Otros novelistas han tejido episodios de la misma época. Lo que en sus relatos priva es la fantasía, la invención de personajes y situaciones, con un débil paramento de crónica cuyos hilos se mueven entre algunos seres arrancados de la historia.

Conviene, hecha la diferencia, acercarse limpio de prejuicios a estas sombras ilustres y atormentadas, vistas a la luz segura de su propia ley, donde las figuras no se deforman y donde la historia novelada adquiere contorno y garbo. No es Blanco Villalta un improvisador o un "dilettante" de la cultura histórica. Es un laborioso investigador, un sereno espíritu, que ya nos dió su biografía novelada de "Kemal Atatürk" y su "Literatura turca contemporánea". Ahora, en esta "Conquista del Río de la Plata", sustenta la documentación copiosa para que le sirva de esqueleto, pero la envuelve en carne delicada y anchurosa espiritualidad. La que entrega no es la indagación fría y sin alma, no es la exhumación crítica ni la crónica erudita, sino el íntimo sentido trágico de la historia, engalanada con un traje de corte.

Aquí, en este rasgo, en la emoción evocativa, en el reencuentro con lo vivido, está la diferencia entre la historia novelada y la novela histórica. Blanco Villalta —como antaño Enrique Larreta en "Las dos fundaciones de Buenos Aires"— convierte al pasado en herramienta de belleza y a las sombras las reviste de carne. Como todo gran espíritu, a la crónica la calienta en el fuego de la pasión y es capaz de remover porque antes supo encenderlo todo. El ejemplo que sigue es el de Stefan Zweig en su refulgente "Magallanes". Como aquél construyó biografías poéticas, éste elabora historias noveladas que, aun siendo eruditas, tienen de poema por el modo de encarar la historia.

Fondo y forma se ajustan en la comprensión del pasado heroico. Divide Blanco Villalta la época elegida en una síntesis raigal del espíritu ibérico, en un resumen condensado de los antecedentes que aclaran la conquista, en una serie de tapices que explican la actuación de don Pedro de Mendoza, el proceso a Juan Osorio, la fundación de Buenos Aires, la expedición de Ayolas, la muerte de don Pedro en alta mar, las expediciones de Alvar Núñez, la fundación de la Asunción del Paraguay, las hazañas de Irala y Juan de Garay, la segunda fundación de Buenos Aires y el aire insurgente de los mestizos de Santa Fe. Aquí se cierra el periplo, y con el teórico final de la conquista, aprendida con descripciones plásticas o imágenes que fulguran, también termina el libro.

Blanco Villalta establece los orígenes históricos de la Argentina, parte de las fuentes y expone el tema con una extensión, gracia y profunda solidez hasta ahora no intentadas. Agrupa y aclara los antecedentes, el cuadro de ensueño y de tragedia, el tránsito de los conquistadores en la selva, las contraposiciones de lo desértico y la atracción horizontal de la riqueza, movilizándolo y exponiendo la materia de lo novelable desde el punto de vista de la Historia. Divide la época elegida en dos grandes etapas: la visión de los conquistadores hasta la muerte del Fundador y la odisea en las selvas y las exploraciones paraguayas hasta la sublevación santafesina; y en cada una de las dos realiza una resurrección lírica, millonaria de imágenes, fijando la emoción en las personas, en los modos expresivos de la época y en las hazañas que recogen con más ímpetu estos modos.

Blanco Villalta, al realizar su redescubrimiento poético y emotivo, contabiliza el documento, le añade un grano de imaginación y rescata la verdad de la historia a través de su temperamento de artista. Reintegrando lo histórico a lo garbosamente humanizado, no identifica la historia a la filosofía, sino que, recogiendo en su biblioteca para leer a los cronistas y a los historiadores preferidos, les va recobrando sentido y color; les despoja de la burda vestimenta manchada de polvo y fango y, con un amplio conocimiento del tema en desarrollo, consigue una historia de poeta en la que es preciso subrayar las interpretaciones, el fondo erudito disimulado por la función del artista, el compromiso a que llega entre la expresión colectiva y la expresión individual y el método poético unificador de la tierra y el hombre, no perturbado en el desenvolvimiento de la línea y la claridad de la perspectiva.

Gilberto González Contreras.

BIBLIOGRAFIA

GRAMILLA, novela, de *Fernando Gilardi*.

Con una prolijidad ya vista en "El Romance de un Gaucho", cuando trata de describir vida de arreo por llanos y aguadas; con una forma de relatar conocida en algún momento de "La Carreta", novela de "quitanderas", el autor de Gramilla da su obra. Los elementos son dispares, diversos y numerosos.

Fernando Gilardi emplea medios expresivos distintos a los de Benito Lynch y Enrique Amorin. Sorprende el estilo. En algunos casos desconcierta la forma de construir la oración, que hace de Gramilla un astro poco frecuente. Allí en las cuatro líneas exactas de la muerte del jilguero está todo un acierto emotivo, y en el relato de "la casa alegre" la pintura se muestra sin subterfugios. Por ser un libro sin concesión al gusto generalizado y pertenecer a una forma particular, hay momentos en que el autor escribe como si el lector no existiese o no tuviera ninguna importancia.

Gramilla, camino diverso por la emoción de un niño, es el sentimiento conversado, que a veces tiene anchas perspectivas espirituales sobre límites claros o en penumbra.

Hay un mundo interior, que va enseñando al protagonista los desvelos de la casa, con esa sorprendente presencia del inquilinato pendenciero, criminal y jugador, caído en un lodo de miseria y de dejadez.

Existe otro mundo exterior, aldeaño al poblado, verde, extendido, con toda la existencia de seres cercanos y distantes. El aire está poblado de variados pormenores y los caminos de tropas y hombres de distinta laya, de a caballo y de cuchillo.

El aire y sus elementos se adhieren a la sensibilidad infantil. Pero el encuentro con hombres de la propia casa y de la vecindad repelen la naturaleza casi contemplativa del protagonista, de escasa aparcería.

El libro discurre por un mundo que hace prever alturas celestes y que se enfrenta con despliegues de pasiones bajas. Gilardi se ha preocupado de pintar estos caracteres en un ambiente lleno de pájaros libres, como ese Eleuterio, el

rodrín, que al final acaba asesinado, y los tales Daira y Benavidez, resabios de un mundo.

El protagonista de Gramilla, una criatura a quien nadie llama en la novela, es un duende indefenso y está, como la gramilla, en todas partes; pero mejor que con otros, junto a Elisardo Samito, tan baquiano entre la tropa.

Muchas presencias del libro no atraen; y los episodios como el de los raneros rebalsan el sentido común, que por otra parte no es la guía del autor, afortunadamente. Deja una remembranza del Buscón, pero acaba en tragedia de matones.

Vive una sensibilidad observadora: el protagonista. Una dulzura casi esfumada: Alejito, el menor. Una dureza de pobre en el padre y una naturaleza de indefinida resignación en la madre. Sobre la dudosa moral de los otros se levanta la castidad de una novia: Maruja.

Gramilla, es para nosotros el tierno verdor del campo suave; esa efusión de la tierra espiritualizada en la blandura, donde el pie apoya dulcemente y la espalda puede encontrar inefable reposo. Gramilla es la hora eterezada a retrotiempo; la altura de la tierra en que las estrellas lucían mejor y los cielos de sol cubríanse de alas amigas y cantoras. Gramilla es nuestra constelación lejana sobre una fiesta. Hoy se ha convertido en la mecedora donde quisiéramos ir a descansar la última fatiga.

Pero Gramilla de Fernando Gilardi, no es reflejo de aguamarina, ni el espectro brillante del prisma. Es la visión natural a través del agua preñada del charco en la postrera lluvia. Necesariamente, es turbia.

V. C. Trípoli.



SOLO EN EL TIEMPO, por *González Carbalho*. — Editorial Losada.

Es admirable comprobar a través de la vasta labor poética de González Carbalho su constante superación, en cuanto a riqueza imaginativa e idiomática se refiere. Desde sus primeros libros. — Ciudad del Alba, por ejemplo — hasta éste que comentamos, su lirismo, amasado en dolorosas experiencias, ha ido buscando

do ese nivel que sólo a los poetas de excepción les es dado alcanzar, sin perder por ello su estilo de tierna confianza, de "sotto voce", tan característico en los temperamentos introspectivos. Admirable es también, para los que nos hemos acercado en incipiente pero ya firme amistad literaria a su persona física, comprobar la identidad total del poeta con el hombre cotidiano. Su profunda y rica vida interior trasciende de sus maneras con una suerte de serenidad radiante que torna grata y aleccionadora su compañía. Diremos que la terrenal existencia de González Carbalho es también un verso, dolorosamente concebido, y que no existe transición alguna entre lo que canta y lo que vive. Allí están su dolor de hombre, su noble y altiva soledad y sus queridas sombras, moviéndose aún, cuando el crepúsculo llega con las primeras brumas del Riachuelo. Y aquí en este libro, donde su mundo

es la pequeña rotación de una lágrima midiendo las tinieblas, pero nadie lo [sabe.

Mas cuando hallamos la raíz, la verdad incuestionable, señora bajo el inexorable transcurrir de los días, su viril actitud nos deja un sedimento suave de ternura, que sólo un filial y comprensivo silencio puede traducir con exactitud. Bien lo percibe el autor de "Sólo en el Tiempo":

Lo saben mis amigos.
Les sorprende mi niebla de tristeza
y alguien me compadece en mi distancia.

Es que el rostro, a menudo, contradice el radiante secreto; y la aparente quietud está ocultando el movimiento de interiores paisajes.

Con su rígido decoro, que levanta "diques de cristal a su llanto", este viajero de su sangre que pide un río lento, un mar futuro "que no encontré en los mapas todavía", nos impone su perfil ardiente de recuerdos, entre cipreses y columnas, fragancia de cabelleras y aliento de flores pálidas. Poeta doloroso como pocos, pide humildemente perdón para su verso, que no tiene una sonrisa; se proclama "soldado y ángel de piedad"; excavador de la celeste tierra en busca de la voz que le responda, y "pastor que bebe en el lucero". Buscamos entonces en las páginas de su libro el camino geológico por donde seguir su ruta, rumorosa y blanca como la estela del mar que pide, y lo encontramos en un recodo

cantando:

seré como la tierra cuando acuna sus
[muertos
y copia cielo y astros en corolas pe-
[queñas.
Tendré alzadas las manos a la espera
[del alba
para alumbrar el ámbito de mi noche
[secretas.

Martin Alberto Boneo.



ARGENTINA, ARGENTINA... por

Emilio González Chaves. — Edición del autor.

También a Emilio González Chaves como al "fuerte vasco" que Antonio Machado cantara en versos inmortales, le duele la tierra natal, la siente viva en su sangre, está consubstanciado con ella, según lo interpretamos, inevitablemente, a través del libro que ha publicado. Ya su título, admirable síntesis de pasión y angustia, nos anticipa el poema cuyos versos subyugan por esa sinceridad con que se refleja en ellos un espíritu puro, capaz de conciliar las tradiciones del pasado con las aspiraciones del porvenir. La austera y límpida dedicatoria es, además, un hermoso símbolo que, por lo que representa, por lo que suscita, merece ser transcripta: "A mi padre criollo, cada vez más cerca". Y después, en el poema que le dedica, el poeta y el hijo han sumado sus fervores para cantar la amable geografía o el nacimiento illustre de la patria y se hace presente entre las descripciones apasionadas o las enumeraciones del corazón, ese rasgo de amor que, a cada instante, define una lealtad conmovedora para con el espíritu secular y verdadero de la patria. Es que ya hace falta decirlo, no sólo encontramos a su autor en estos versos, sino a sus progenitores, a sus abuelos. Diez generaciones, en fin, asumen la palabra y él les concede su voz, ni enmohecida, ni opaca de egoísmo, que en el presente atareado, frente al porvenir fecundo, es capaz de recoger el mejor sentir de la argentinidad. Canta el poeta, pues, a la libertad, a la justicia, a la hospitalidad, y entre estos fervores, quiere también una fidelidad total a las raíces de ese espíritu secular, y a su más alta tradición heroica. "Católica, fecunda, altiva, prós-

pera". Así la quiere. Y, tal vez, este emocionado sentir la Argentina sea uno de los legítimos méritos del poema.

Horacio García Paz.



FABULA ENCENDIDA, por Carlos Alberto Alvarez. — Ed. Sauce, Paraná.

Con verso juvenil, aunque acusando ya madurez y fuerza de verdadero poeta, el autor de *Fábula encendida* encuentra siempre la nota exacta o la feliz imagen para decirnos su captación sensible de las cosas inefables, con esa difícil sencillez que tanto se alabara en López Merino, el malogrado y gran lírico platense. Todo el libro adquiere, así, una jerarquía artística que, por la nobleza de sentimientos y la hondura de las ideas, indica el advenimiento de una vigorosa personalidad, desbordando el apacible cauce provinciano. *Fábula encendida* y rumorosa, a cuya vera nos es grato permanecer, aquietado el corazón y en suspenso los sentidos,

mientras en el follaje se arrinconan
la sombra y la calandria dibujada
más que en la pluma en la canción que
[entona.

Los delicados sonetos, romances y coplas, dicen bien qué rica y profunda es su veta lírica y con qué gracia chispeante canta al amor, despojado de todo énfasis, adoptando un estilo moderno en la concepción de las metáforas y clásico en el tipo instrumental de su poética. Tal el magnífico "Romance del olvido" o la serie de "Canciones", de una suavidad y ternura tan bien logradas en un tono menor de indudable calidad. Creemos que es precisamente en el verso de arte menor donde Carlos Alberto Alvarez consigue la más exacta expresión para su lírica vocación de canto, aunque en los sonetos se revela como un poeta de factura impecable.

Martin Alberto Boneo.



ANTIGUA CANCIÓN DE PRIMAVERA, por José Rodríguez Itoiz.

"Antigua Canción de Primavera" nos revela a un poeta que busca la forma artística empeñosamente para dignidad de su mensaje lírico. Su expresión sen-

sible quiere ascender alto en la canción con una influencia rectora visible. No se pierde, y bajo los arcos abiertos al mundo espiritual se inclina a un sueño perdido de seres, tierras y afectos. Dice en "Las Canciones de Septiembre":

Eras la lozanía varonil del clavel
y el delicado signo de la rosa.
Septiembre abrirá sus frutales manos
en los países de tu voz, alondra.
Y en la "Primera Elegía":

Yo sé que nace un mundo. Que los
[niños sonrían
bajo las arboledas, junto al río del
[mundo.
Pero estoy doblegado como el árbol de
[octubre.
Porque mi voz, a veces, tuvo sabor de
[fruto.

La expresión artística de Rodríguez Itoiz está sometida a una emoción, consubstanciada con una lejanía feliz.

En toda aspiración joven, potente, la criatura no es solamente vago diseño de una neblinosa concepción, sino arquitectura luciente de una fuerza al infinito, por medio de la palabra, del color o de la forma, espejo del alto mundo que amanece o quiere aborear en la obra, entre una lucha de cerebro y sentimiento. Este combate interior se percibe en Rodríguez Itoiz, en su canto con acentos de la poesía nueva, la que ilumina febriles horizontes y donde se queman los infimos; de cuya fuente pueden beber sin contaminarse algunos pocos de los que son llamados al parnaso.

V. C. Tripoli.



EL MUNDO POETICO INFANTIL, por Frida Schultz de Mantovani. — "El Ateneo", 1944.

Frida Schultz que tiene ya una labor considerable sobre el tema, estudia ahora, en El mundo poético infantil, diversos perfiles de ese mundo. La primera sensación que deja su lectura es la inteligencia con que se han contemplado casi todas las fases de tal medio. Hay una aguda comprensión de las cosas y un buen análisis de las contradictorias y hasta paradójales actitudes que se adoptaron frente al problema. El niño "considerado no hace mucho con sorprendente y cómoda negligencia, casi tan insensible como un muñeco al que el poder de los

hombres puede dotar de todo, hasta de sentimientos, para que se mueva como un autómatas de una existencia regulada por leyes fijas, inmutables, proporcionadas por una educación dogmática que la vida se complace en desmentir", es minuciosamente seguido en su lenguaje, en las formas con que ha entrado en la creación literaria de algunos poetas y por fin en la concepción de Chesterton.

La definición rilkeana: "volver los ojos a la infancia, es siempre un acto poético", podría tomarse como síntesis de su propósito. De las dos vías, además, que pudo haber seguido para llegar a ese conocimiento, la vía científica y la vía poética, ha preferido con todo acierto la segunda. Por ello, se ha desembarazado de esa inútil masa de palabras, con que tradicionalmente, la pedagogía profesional ahogó sus primeras felices intuiciones. El conocimiento poético, como medio y término, ilumina las cuestiones diversas tratadas por Frida Schultz. Integran los primeros ensayos de su libro, temas que contribuyen a dibujarnos la verdadera presencia del niño. Allí están los aciertos más hondos de la autora y podrían ser desglosados para constituir el fundamento de otra obra definitiva, tales aciertos se han logrado con toda naturalidad y sin búsquedas, por que lo más perdurable que deja este libro, claro, liso y penetrante, es que todo él ha nacido entero, profundo como una voz honda que un día, comienza, imprevistamente, a transmitirnos su propia experiencia. Un aire de verdad auténtico, de convicción y de entusiasmo rodea, de inmediato, al lector. Como en las obras maestras del género, en las deliciosas páginas de los ensayistas ingleses o en el ambiente de los cuentos de María Lahy Hollebecque, por ejemplo: *El Mundo Poético Infantil*, tiene no se qué temblor, qué sortilegio remoto, como el de una música infantil que embelleciera la pureza, la lisura, la generosidad de todo el libro.

Angel Mazzei.



REGION DE SOLEDAD, por Miguel Etchebarne. — Edición del autor.

En esta obra de Miguel Etchebarne el tono confiere a las diez y seis composiciones que la integran una honda emoción de elegía. En efecto, enraizada el

alma en la tierra ideal del recuerdo, su dolor se levanta solitario, como un árbol en un paisaje donde se oye el canto melancólico de pájaros escondidos y el murmullo de fuentes y ríos recónditos. Región de soledad, propicia al recogimiento y desde la cual se aspira el vaho tenue de las cosas pretéritas. Varias son las composiciones en las que el autor consigue fijar la imagen exacta, la expresión ceñida al pensamiento o conformar el clima lírico evocador de su estado de ánimo. Señalaremos especialmente ésta, en la cual el poeta ha dado, sin duda, una de las notas de mayor relieve del libro:

Aquel olor a junquillo
que me dejó tu recuerdo
se va poniendo tan suave
que ya ni pensarlo puedo,
se va subiendo tan alto
que se va volviendo vuelo
y tan liviano que casi
es una nube en el cielo.

Martín Alberto Boneo.

★
LIBROS RECIBIDOS

CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA,
por Blanco Villalta.

ALTA DISTANCIA (Versos), por Emilio González Chaves.

JARDINES CELESTES (Versos), por Martín Alberto Boneo.

HUELLAS DEL SIGLO XX (Novela),
por Francisco Alfonso Amuchástegui
L'Advocat.

CELESTE (Versos), por Tomás Niceto de Pablos.

PERFIL RECONDITO (Versos), por Carlos Castillo.

BARRO CELESTE (Versos), por Raúl T. de Ezeiza Monasterio.

Colaboran en este número:

Ataliva Herrera.
Martín Alberto Boneo.
Sylvina Bullrich-Palenque.
Raúl Scalabrini Ortiz.
Alberto Ponce de León.
Adolfo L. Pérez Zelaschi.
Adolfo Casagrande.
Hermes H. Pinnel.

Notas bibliográficas de:

Vicente C. Tripoli.
Martín Alberto Boneo.
Horacio García Paz.
Angel Mazzei.

Grabado de:
Raúl Soldi.

CeDInCl